

**Platón y su concepto de
Belleza: *El Banquete***



JAIME BLUME SÁNCHEZ

“Platón y su concepto de la Belleza”

La Antigüedad griega no elabora propiamente un tratado acerca de la Belleza, sino que vincula dicha realidad al concepto de Amor. En esta línea, la doctrina socrática que rescata Platón en “*El Banquete*” lleva la reflexión a su punto más alto. Siendo el amor una corriente de afecto que va del amante al amado, cabe preguntarse qué circunstancia es la que desencadena dicha dinámica. Respondiendo a este interrogante, Sócrates afirma, en el mencionado diálogo platónico, que el Amor es, en sus etapas iniciales, un deseo del amado, pero en su fase superior es un deseo de la Belleza presente en el amado. Nada se ama sino lo bello, de donde se sigue que el amante ama al amado porque percibe en él los vestigios y las señales de la Belleza ideal.

Palabras clave: Platón, amor, belleza, *El Banquete*

“Plato and his conception of Beauty”

Classical Greek philosophy does not elaborate a specific theory on Beauty, but rather develops the concept through relation to love. The socratic doctrine that Plato outlines in The Banquet details most completely this idea. The current of affection and shared love between lover and loved brings about the questions: from what circumstance arises said dynamic? According to Sócrates, love is, at its most basic level, a desire for the loved. That is to say: a desire for the Beauty that is present in the loved. Love in nothing other than love for Beauty. The lover the loved because he perceives in him the vestiges of ideal Beauty.

Keywords: Plato, love, beauty, The Banquet



IMAGEN EN PORTADILLA
Escena de banquete, arte etrusco,
aprox. 470 a C

Platón y su concepto de Belleza: *El Banquete**

JAIME BLUME S.

Doctor en Filosofía con mención
en Literatura General

Pontificia Universidad Católica de Chile
Universidad Metropolitana de Ciencias
de la Educación (UMCE)
jblume@puc.cl

Presentación

Es cosa sabida que los griegos de la Antigüedad no elaboraron una teoría autónoma en torno a la estética y la belleza. Tales conceptos empiezan a adquirir identidad propia recién a partir del gobierno de Pericles en Atenas (461-431). Pero el hecho de que no existiera un tratado específico sobre la materia no significa que la realidad misma de la belleza no estuviera presente en variadas y riquísimas expresiones artísticas. Más que en una concepción estética abstracta, la belleza, entonces, se hacía presente en imponentes obras de arte, marcadas por su preocupación por el hombre y regidas por órdenes y cánones que privilegiaban la *proporción*, la *armonía* y el *equilibrio*. Junto a estos elementos, el pensamiento estético griego asociaba la belleza a otras cualidades, tales como lo justo (Teognis 255: “Lo más justo es lo más bello”) o lo grato (Eurípides, *Bacantes*, 881: “Lo bello es grato siempre”).

Amor, justicia, deleite, proporción, armonía, equilibrio y perfección de las formas son, entonces, algunos de los rasgos que caracterizan las realizaciones artísticas más sobresalientes de la Antigüedad griega. Pero en lo que a una elaboración teórica se refiere, era preciso dar un nuevo paso. La misma esplendidez de las obras artísticas (arquitectura, escultura y literatura) pasa a constituirse en desafío y soporte del pensamiento de los filósofos posteriores. Partiendo de la obra concreta, el análisis conceptual intenta realizar, en el campo de la reflexión, lo que el arte ya había logrado en el campo de las ejecuciones. Si de hecho los artistas se habían adelantado

* Trabajo entregado en mayo y aceptado en julio 2006.

a los filósofos, era el turno de estos de recuperar terreno en aquello que era su orgullo máximo: el pensamiento.

Es el caso de Jenofonte (ss. V-IV AC), autor que en su obra *Dichos memorables de Sócrates*, trae a colación la siguiente afirmación del maestro, referida a la belleza:

“¿Y tú crees que una cosa es ser bueno y otra cosa es ser bello?
¿No sabes que, respecto a las mismas cosas, todas las cosas son bellas y buenas”.

La asociación de la belleza a la bondad no es el único avance que se produce en el campo de la reflexión estética. A dicha propuesta se agrega otra, esta vez de Platón (ss. V-IV AC), que hermana la belleza al resplandor:

“Pero ver el fulgor de la belleza se pudo entonces, cuando con el coro de bienaventurados teníamos a la vista la divina y dichosa unión... . Plenas y puras y serenas y felices las visiones en las que hemos sido iniciados, y de las que, en su momento supremo, alcanzábamos el brillo más limpio, límpidos también nosotros. sin el estigma que es toda esta tumba que nos rodea y que llamamos cuerpo, prisioneros en él como una ostra.” (*Fedro* 250bc).

Como vemos, la definición de belleza al interior del pensamiento clásico es más bien descriptiva antes que esencialista. La suma de rasgos y características, tanto propias del objeto bello (proporción, equilibrio, simetría, resplandor, etc.) como externas a la obra (bondad, justicia, agrado, etc.), permite determinar los límites y diferencias de un ente determinado con respecto a otros distintos de él. Al separar la belleza de otras entidades se alcanza teóricamente la naturaleza esencial del objeto definido. Pero cabe preguntarse si la suma de los atributos ya señalados da cuenta cabal del fenómeno belleza. La respuesta que se impone es que el simple enunciado de propiedades nos aproxima a la comprensión del objeto, pero no nos abre su intimidad última. Tal es así que la misma historia de las ideas estéticas a lo largo del tiempo ha ido agregando nuevas características a las señaladas por los pensadores clásicos, signo inequívoco de que las ya enunciadas en el clasicismo no eran suficientes para copar el horizonte de la belleza. A título de simple ejemplo, recordemos que Santo Tomás de Aquino (s. XIII), enuncia los siguientes conceptos como constitutivos de la belleza:

- *Proporción*: “Lo bello consiste en la debida proporción, porque los sentidos se deleitan con las cosas bien proporcionadas” (*S.Th.* I, 5, 4).
- *Claridad*: “... de hecho consideramos bellas las cosas de colores nítidos o resplandecientes” (*S.Th.* I, 39, 8)
- *Forma*: “materia y forma son necesariamente proporcionadas entre sí y por naturaleza correlativas...”. (*S. Th. Contra gentiles*, II, 81)

- *Belleza moral*: “La belleza espiritual consiste en el hecho de que el comportamiento y los actos de una persona están bien proporcionados según la luz de la razón (*S. Th.* I, 91, 3).

2. Platón y la belleza

Volviendo a los autores clásicos griegos, ciertamente Platón marca uno de los puntos más altos en el campo de la reflexión en torno a la belleza, y es a este tema hacia donde se orientarán los párrafos que siguen. Llevados de la mano por el excelente estudio que sobre la materia escribiera el profesor Oscar Velásquez (*El Banquete*, 2002), del cual el presente trabajo es solo un resumen, haremos una breve presentación de la obra *El Banquete*, de Platón, para luego recordar las distintas fórmulas que el pensador griego utiliza para referirse al amor. Una vez recuperado el *vocabulario del amor*, entraremos a analizar las distintas intervenciones que, en boca de los comensales invitados al *sympósion*, se suceden al interior de *El Banquete*. Para concluir, recordaremos el discurso de Sócrates sobre la materia, discurso que señala el lugar que, dentro del amor, le cabe a la belleza.

• *El banquete*

El Banquete es una obra que relata el desarrollo de un *sympósion*, reunión de personajes representativos de distintas disciplinas en torno a una mesa, evento en el que el vino y Dionisio ocupan un lugar protagónico. Los discursos que surgen al calor de la bebida toman la forma de monólogos sucesivos, al modo de una competición teatral. El objetivo de esta reunión es discutir acerca de la naturaleza del amor, discusión que los llevará a plantearse el tema de la belleza. Cinco comensales hablan en primer término: Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes y Agatón, dueño de casa. Terminada esta vuelta interviene Sócrates, poniendo punto final a la discusión. Ingresa por último Alcibiades, personaje con el que se cierra el *simposio*. Aunque el tema central de la obra es el amor y la belleza, el tratamiento que se le da a dicho asunto permite analizar además las relaciones entre las distintas disciplinas cultivadas en la época (filosofía, retórica, sociología, ciencia médica).

• *Vocabulario del amor*

El tema dominante de *El Banquete* es el amor, de cuya compleja riqueza da cuenta la gran variedad de expresiones que circulan al interior de la obra. Una revisión somera de estas expresiones nos permitirá acercarnos al sentido profundo del concepto de *Amor* y, a través de él, a una mejor comprensión de la naturaleza de la *Belleza*.

La palabra más relevante al interior de la obra es *eros*, expresión referida simultáneamente a la pasión que atrae un sexo hacia otro y, a partir de él, al sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos completa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear (RAE).

Otra expresión conectada con la anterior es *epithymía*, que implica las ideas de ebullición ardorosa del alma, ansia de posesión y fuerza que impulsa el ánimo hacia el objeto anhelado. La suma de *eros* y *epithymía* genera la posibilidad de abrirse al conocimiento y la belleza, que son las posibilidades supremas del amor.

La *philia*, nuevo término vinculado al tema del amor, se mueve de preferencia en el ámbito de la estimación, del afecto y de la amistad. Esta expresión se emparenta con *ágape*, que significa primitivamente el afecto y amor que experimentan dos personas, pero que luego pasó a designar las comidas de los primeros cristianos, destinadas a estrechar los lazos comunitarios que los unían (RAE).

El amor es un sentimiento tan abarcador y complejo que exige nuevos términos para dar cuenta de su riqueza. Surgen aquí los vocablos *hypourgeîn* (= prestar un servicio), *kharízesthai* (= conceder un favor), y *doústhai* (= reducirse a esclavitud a través de la consagración total al amante). Por medio de estas expresiones, lo que se está señalando es el homenaje de rendido amor que un ser amado (*erómenos*) rinde a su enamorado (*erastés*).

Es en este punto donde se corre el telón para que haga su aparición el concepto de *belleza*. Lo que hace posible y desencadena el *amor* es la *belleza* del ser amado, atributo que de algún modo encadena al amante, convirtiéndolo en un verdadero siervo. Esta situación se supera cuando el verdadero amante deja de ser esclavo de la belleza de un solo amado y se abre al amor de un conjunto de seres dignos de tal afecto.

3. Temas de los discursos de *El Banquete*

Como ya se dijo, el análisis del tema del amor corre por cuenta de los distintos discursos de los participantes del *simposio*. La situación se desata luego de que Fedro expresara su indignación ante la ausencia de elogios al amor de parte de poetas y filósofos. Los sucesivos discursos están destinados a reparar el descuido.

• *Discurso de Fedro*

Inicia Fedro su intervención señalando que *Eros* es el dios más antiguo y debe, por tanto gozar de una reverencia especial. Pero no solo es el

derecho de precedencia lo que justifica la importancia del dios. Está también el hecho de que es la causa del mayor de los bienes: tener a alguien a quien amar y ser amado por alguien. Su inserción en la vida de los hombres posibilita, además, la huida de la fealdad e inspira la búsqueda de cosas valiosas, como es, por ejemplo, la consagración al amor hasta el punto de enfrentar la misma muerte, de ser necesario. Las consecuencias que siguen a semejante entrega son, en síntesis, fortalecer el alma, amar la hermosura, realizar acciones nobles y adquirir la virtud (del indoeuropeo *wei* = fuerza vital) y la felicidad.

Un punto importante dentro del discurso de Fedro es el sustrato mítico que da soporte a su doctrina. En efecto, en cuestiones de amor, dos son las parejas que entran en juego. La primera está compuesta por *Eros Pandemo* y *Afrodita Pandemo*, dioses populares vinculados al amor de los seres humanos ordinarios, que no buscan realizar acciones bellas, provocan escándalos y consideran vergonzoso dar favores a las personas amadas. Se trata, por tanto, de un amor que se remite a su propia satisfacción, prescindiendo de los requerimientos de la persona amada y renunciando, consiguientemente, a experimentar el encuentro con la belleza. La segunda pareja aludida por Fedro es la de *Eros Uranio* y *Afrodita Urania*, cuya unión permite el nacimiento del verdadero y noble amor y asegura la procreación en el amor y la aparición de la belleza.

• *Discurso de Pausanias*

Al igual que Fedro, Pausanias ve en *Eros* una peligrosa dualidad. Por un lado, inspira la práctica de la virtud, con lo que se convierte en una fuerza integradora en el seno de la sociedad (función social del amor). Pero por otro, el hecho de ser hijo de *Caos* lo convierte en principio de desorden y anarquía. Concordia y discordia son por tanto las potenciales consecuencias de la acción de *Eros*.

Otro punto de contacto que las doctrinas de Fedro y Pausanias establecen es la vinculación entre *Eros* y la *belleza*. En efecto, para Pausanias 'bello' es estar abiertamente enamorado, lograr la unión con el amado y hacer locuras por él, siempre que se ame bellamente (= dar algo bueno a alguien igualmente bueno). Cuando ello ocurre, se produce la maravilla de enamorarse permanentemente de un alma que no se marchita. En caso contrario, se trata de un amor torpe, causa de la fealdad (= dar algo a alguien perverso), que tiene como objeto la adhesión transitoria a un cuerpo que se marchita y aja.

De lo dicho se desprende que la belleza se hace presente solo cuando el amante se entrega al amado movido por un amor virtuoso y no por los beneficios y regalos que dicha entrega pudiere significarle. Este estado de

esclavitud de amor, en el que *eros* y *belleza* se unen para siempre, genera las condiciones para que junto al amor se hagan presente el saber, la virtud, el deseo de complacer al amado, la honradez, la espiritualidad y la fidelidad.

• *Discurso de Erixímaco*

Erixímaco, al igual que sus compañeros, juega con la dualidad de *Eros*. De acuerdo a su doctrina, existe un *Eros bello*, que complace a los hombres buenos, tiene más poder y proporciona mayor felicidad si se ejerce con moderación y justicia en obras buenas, y un *Eros vergonzoso*, que complace a los hombres inmorales. Ambos rigen la música (armonía, ritmo, consonancia) y la medicina, pero también intervienen en el control del régimen de las estaciones, de los cambios de temperatura (caliente/frío) y de las condiciones ambientales (sequedad/humedad). El juego dispar que se produce entre las polaridades *placer/enfermedad* y *piEDAD/impiedad* es, también, resultado de la interacción de los dos *Eros*.

• *Discurso de Aristófanes*

El discurso de Aristófanes se caracteriza por teorizar sobre el amor a partir de la historia mítica del origen del hombre. De acuerdo a este mito, existen en el inicio tres tipos de seres humanos: *Varón*, hijo del sol, *Mujer*, hija de *Gea*, y *Andrógino*, hijo de la luna. Cada uno de estos seres era de una sola pieza, con 4 manos y 4 pies, una sola cabeza con dos rostros iguales mirando en direcciones opuestas, y los dos órganos sexuales. En un momento dado, los hombres cometen un pecado de iniquidad (querer escalar hasta el cielo), pecado que es castigado por los dioses dividiendo cada ser en dos mitades y separándolos. Este castigo trae como consecuencia el hecho de que cada mitad sienta una irreprimible nostalgia por su mitad ausente. Es en este punto donde interviene *Eros*, personaje que procura restablecer la unidad original, juntando lo que hoy está separado.

Establecida la función de *Eros*, Aristófanes procede a caracterizarlo. En primer término, el dios se identifica con el anhelo, el deseo y el placer. Pero las mismas variaciones que sufre el amor en el despliegue de sus atributos hacen de él algo confuso, que solo se puede dar a entender a través de enigmas. Pese a ello, su intervención en la vida de los hombres es insustituible. En efecto, el amor busca restaurar la unidad perdida al interior del ser humano (hacer de dos uno), y es el conductor y el estratega en el camino hacia la plenitud integral. Tal consecuencia es motivada por la capacidad que el amor tiene de despertar en el ser humano el deseo de totalidad.

No terminan aquí los beneficios que la influencia del amor genera en los hombres. Además de los señalados, *Eros* inunda de felicidad al ser humano que encuentra a su amado y repara las miserias propias que lo gravan. Síntesis de todos los favores que el dios dispensa al hombre es el hecho de que éste puede reconciliarse consigo mismo y reconquistar su condición primera.

• *Discurso de Agatón*

Parte Agatón su discurso describiendo pormenorizadamente las características de *Eros*: joven y delicado; habita en el blando recinto del alma, lo que le permite entrar y salir sin ser notado; odia la deformidad; vive entre flores perfumadas; no comete injusticias ni las padece; practica la templanza; es el placer más fuerte; es valeroso y sabio; es hábil y convierte en poeta a quien escoge. A lo señalado hay que agregar que destaca como artesano insigne, arquero experto, médico y adivino. Termina Agatón su intervención elevando un himno a *Eros* (197 d-e), canto de bellísima factura y síntesis de lo que la mitología predicaba del dios:

“Eros, el más bello y excelente,
Nos vacía del enajenamiento
Y nos llena de familiar intimidad;
Prescribe reuniones festivas, como esta.

Es guía de coros y sacrificios;

Procura el buen carácter y quita la aspereza;
Pronto a conceder amistad, nunca hostilidad; bondad propicia;

(Digno) de contemplar por sabios, de admirar por dioses;
De codiciar por excluidos, de atesorar por los afortunados;

Del bienestar, la molicie, el lujo, los favores, el anhelo, la pasión, es padre;

Preocupado de los buenos, descuidado de los malos;

Es fatiga, temor, anhelo y expresión;
Es piloto, jinete, escudero y salvador excelso;

De todos los dioses y de hombres, ornamento;

Guía, el más bello y mejor,
Al que todo varón debe seguir en su cortejo

Celebrando bellamente con himnos,
Participando del canto que canta
Mientras seduce el pensamiento de dioses y de hombres”.

• *Discurso de Sócrates*

Una vez que Aristófanes proclama el himno a *Eros*, y luego de un interludio socrático en el que se afirma que *Eros* es amor de la belleza que no se tiene, sobreviene el soberbio discurso de Sócrates, en el cual se analiza la vinculación entre *Eros* y la belleza. Como primer punto de esta intervención, Sócrates corrige un error común en los discursos previos: *Eros* no es un dios sino un genio intermediario entre los dioses y el hombre. Luego de esta precisión, el filósofo recuerda que *Eros* es hijo de *Penia* (= pobreza) –razón que explica su condición de pobre indigente, rudo y sin hogar–, y de *Poros* (= recursos, bienes). Semejante contradictoria genealogía es lo que explica, al decir de Sócrates, la paradójica naturaleza del personaje: valeroso y audaz, impetuoso y temible cazador, mago y hechicero urdidor de tramas, apasionado por la sabiduría y al mismo tiempo víctima de la ignorancia, fértil en recursos, aunque siempre se le escapa lo que consigue.

Luego de definir descriptivamente la naturaleza real de *Eros*, pasa Sócrates a analizar las relaciones que se establecen entre la sabiduría, el amor y la belleza. Es esta especie de triángulo hermenéutico lo que permitirá que el filósofo exponga su concepción de la belleza, que es el punto que mayormente nos interesa. Buscando un abordaje operativo del tema, podríamos establecer tres pasos en este asedio al concepto de belleza.

Primer paso: La Sabiduría

Inicia Sócrates su asalto al mundo de la belleza estableciendo un hecho fundamental: la sabiduría versa sobre lo más bello. Nótese la sutileza de la reflexión. El texto diferencia, sin decirlo, el conocimiento de la sabiduría. Si lo que especifica de algún modo el proceso del conocimiento es la verdad, el objetivo perseguido por la sabiduría es la belleza, y no cualquier belleza, sino la más extrema posible. Para consolidar su tesis, Sócrates acude al discurso de una dama principal, Diótima de Mantinea, quien especifica la naturaleza de los agentes que intervienen en el proceso amoroso y el *modus operandi* de los mismos. De acuerdo a este propósito, el discurso de Diótima considera a *Eros* como el sujeto que ama, mientras el objeto amado es definido como lo “amable”, bello, delicado perfecto, cualidades inherentes a la belleza:

“Los que aman la sabiduría son los que están entre los sabios y los ignorantes; la sabiduría versa, efectivamente, sobre lo más bello: y Eros es el amor de lo bello, por lo que Eros es filósofo, es decir, amante de la sabiduría, y se encuentra entre el sabio y el ignorante. Esta es, Sócrates, la naturaleza del genio; y a diferencia de lo que pensabas, Eros no es lo amado, sino el sujeto que ama; lo amable es verdaderamente bello, delicado, perfecto, dichoso” (204 bc).

Segundo paso: El Amor

Ya está establecido que *Eros* está movido por un irrefrenable impulso a la procreación. Pero este vehemente arrebató requiere un ambiente propicio para tales expansiones. Y ese ambiente no es otro que el de la belleza misma. En esta parte de su discurso, Sócrates asocia el amor al ansia de procrear, al bien, a la belleza y al ansia de inmortalidad:

“Se pregunta cuál puede ser este esfuerzo intenso, esta manera propia de actuar del amor. Esta acción es procreación en belleza, tanto según el cuerpo como según el alma; y a cierta edad los hombres desean procrear. La unión entre hombre y mujer es procreación, que es lo inmortal en el ser vivo y mortal; esto es la preñez y el engendramiento. Ahora bien, esta procreación es imposible en lo feo, que es incompatible; sí en lo bello, que es compatible. Toda vez que un ser fecundo se acerca a lo bello, se derrama con un delicioso sosiego y pare y procrea. Ante lo feo se aparta y repliega; y no procrea, sino que guarda el fruto grávido y lo soporta penosamente: Al grávido y ya abultado de su fruto le sobreviene una gran pasión por lo bello, porque el que posee ese bello objeto se libera del gran dolor del parto. Pues más que amor de lo bello, se trata del amor de engendramiento y procreación en lo bello. Engendramiento, porque es algo eterno e inmortal existiendo en algo mortal. En consecuencia, hay que unir el bien con el deseo de inmortalidad, si es verdad que el objeto del amor es la posesión perpetua de lo bueno. Es forzoso, entonces, concluir que el objeto del amor es también la inmortalidad” (206c – 207a).

Tercer paso: El Amor y la Belleza

Todo el esfuerzo dialéctico de Sócrates desarrollado hasta el presente termina en una especie de frenesí ascensional, que parte del amor y culmina en la belleza. Los pasos de este ascenso van marcados por el tránsito de lo particular a lo universal, de la belleza corporal a la belleza de las hazañas, y de estas últimas a la belleza en sí misma, eterna, única, sin mengua:

“Cuando, pues, alguno, ascendiendo desde las cosas de acá, mediante enderezado amor a los donceles, comience a ver con sus ojos la Beldad aquella, estará ya a un paso del fin. Porque en esto consiste ir derechamente en cosas del amor o dejarse guiar por otro: en comenzar por las bellezas de acá y, sirviéndose de ellas como peldaños, ir ascendiendo, con aquella Beldad por meta, desde un cuerpo bello a dos y desde dos a todos, desde todos los cuerpos bellos a todas las bellas hazañas, para, desde estas, terminar en aquella otra enseñanza, que no lo es de otra cosa alguna, sino de aquella otra Belleza en donde, por fin, se conoce lo que es en sí mismo lo Bello.... Belleza ante todo y sobre todo, eterna en su ser, no engendrable, no perecible, sin crecientes ni menguantes..., que lo Bello está de por sí consigo mismo en eternamente solitaria unicidad de idea, mientras que todas las demás cosas bellas participan de Él según un modo tal que, por engendramiento de unas o por perdición de otras, en nada resulta acrecido, en nada disminuido, imposable en absoluto.” (211b-e)

Conclusión

Siguiendo la línea establecida por el prof. Óscar Velásquez en el estudio ya mencionado, es posible definir un marco doctrinal referido al amor y la belleza. Antes de proceder a señalar los términos de dicha doctrina se hace necesario prender una luz de advertencia. El amor no es un todo definitivo y completo, sino una entidad ambigua y tendenciosa, y su itinerario al interior de cada individuo que lo vive puede ser errático y ambiguo. Ello hace aconsejable recurrir a otro agente, como lo es la virtud, que orienta y perfecciona el caminar del hombre por los senderos del amor.

Un segundo punto digno de ser destacado es el hecho de que *Eros* es una experiencia a la vez dulce y terrible, según lo comprobaba Teognis de Megara: “Cruel *Eros*, los genios de la demencia que te poseían, ellos te amamantaron”. Ello explica las angustias por las que suele pasar la persona que hace del amor su máxima aspiración.

Lo anterior marca uno de los puntos altos de la reflexión platónica, correspondiéndonos ahora hacer un seguimiento de las pasos concretos del amor en su marcha hacia la belleza ideal. En esta línea, conviene recordar que en sus fases iniciales el amor es un deseo del amado, pero en su etapa de superación es un deseo de la belleza presente en el amado. Nada se ama sino lo bello, de donde se sigue que el amante ama al amado porque percibe en él vestigios y señales de belleza.

Cabe, ahora preguntarse qué es lo que desencadena esa corriente de afecto que va del amante al amado. Un inicio de respuesta lo podemos encontrar en un concepto propio de la estética clásica de la Antigüedad. Dicho concepto es conocido con el nombre de *kalokagathia* (gr. *kalós* =

bello; *agathós* = bueno), y consiste en unir la belleza con la bondad moral y hacer de ambos el ideal de la *paideia* griega. El ser humano, todo ser humano, debe orientar sus acciones a la práctica del bien, lo que implica que una acción buena es a la vez, y por los mismos motivos, una acción bella, unión que se realiza idealmente en el encuentro del yo del amante (*erastés*) con el tú del amado (*erómenos*).

Un nuevo elemento se junta ahora al proceso reflexivo ya iniciado. Resulta que *Eros*, estimulado por la belleza, pretende, mediante el encuentro con el tú amado, reproducirse (cf. supra: "... a cierta edad [cuerpo y alma] desean procrear"). Se trata, por tanto de un mandato de la naturaleza, que busca por la vía de *Eros* garantizar al hombre bien-estar, descendencia y perpetuación en el tiempo, o sea eternidad. Es gracias a *Eros* que el ser humano se hace amigo de los dioses y se convierte, por contagio, en inmortal:

"Y quien dé a luz y críe virtud verdadera, ¿no tiene ya en sí un principio de amistad con los dioses y el de ser inmortal más que otro alguno de los hombres?" (212a).

Hasta aquí todo el proceso se desarrolla sin tropiezos, pero ello no quiere decir que no haya nubes en el horizonte que ensombrecen el caminar. Este aspecto perturbador queda más explícito en *Fedro*, diálogo en el que Platón expone ciertas cautelas que debieran tenerse en consideración a la hora de filosofar sobre el amor y la belleza. Esta prevención corresponde a una visión realista de la condición humana, en el sentido de que toda la ascensión ideal arriba expuesta está condicionada por el peso del cuerpo, renuente a dejarse arrastrar por el alma:

"Íntegras también, y simples, y serenas, y felices eran las visiones que en el último grado de nuestra iniciación contemplábamos en su puro resplandor, puros, y sin la señal de ese sepulcro que llevamos a nuestro alrededor y llamamos cuerpo, estando en él encarcelados como la ostra en su concha" (250c) (cf. H. Montes: 1967: 12).

Esta condición que nos mantiene encadenados al cuerpo es la que, junto con permitirnos asomarnos al resplandor de la bondad suprema, que no es otra que la de la Belleza, nos despierta de nuestro sueño ideal y nos despeña, de vuelta a la tierra oscura:

"Ahora bien, al acordarse por las cosas de este mundo de aquellas otras, no es algo fácil para la totalidad de las almas; no lo es para cuantas vieron entonces por corto espacio de tiempo las realidades de allí; ni tampoco para cuantas tuvieron la mala fortuna en su caída a este mundo de ser desviadas por ciertas compañías hacia lo injusto. Llegando a olvidarse así de los santos espectáculos que habían visto en su día" (Ibid. 250a).

Cerramos este análisis con la observación final con la que Óscar Velásquez concluye su estudio sobre *El Banquete*:

“Cuando el alma enamorada, después de un proceso dialéctico de ascenso y purificación por etapas de los objetos amorosos, logra iniciarse en los misterios del amor y penetrar en la vía que conduce a la Idea de Belleza, ese es el momento, el instante del suceso repentino, en que esa alma contempla y experimenta el eros en toda su fuerza de plenitud vivificante... Con Eros, toca por fin el alma humana el objeto supremo de sí misma, la belleza en sí, que adquiere aquí las características de una realidad trascendente, que adviene “de repente” y que está llamada a colocar esa misma alma en un nivel más alto de la vida por medio del conocimiento superior de la belleza en sí” (Ibid. 34; 44).

Bibliografía

- GOLDSCHMIDT, Víctor: *Les dialogues de Platon: structure et méthode dialectic*. Paris, Presses Universitaires de France. 1971.
- MARI, Enrique Eduardo: *El banquete de Platón: el verso, el vino, los discursos*. Buenos Aires, Biblos, 2001.
- MONTES, Hugo: *Asedios a la poesía: de Platón a Neruda*. Santiago, PUC, 1997.
- VELASQUEZ, Oscar: *Platón: El banquete o siete discursos sobre el amor*. Santiago, Universitaria, 2002.
- VIAL LARRAIN, Juan de Dios: *Cuerpo y alma en el pensamiento de Platón: ¿qué es inteligencia?* Santiago, PUC., Seminarios de Filosofía N° 8, 1995.
- VICUÑA, Ana María: *Filosofía, poesía y mito a la luz de Eros en el Simposio de Platón*. Santiago, PUC, Fac. de Filosofía, 1993.